

Julio Torri:

De fusilamientos

Serge I. Zaitzeff

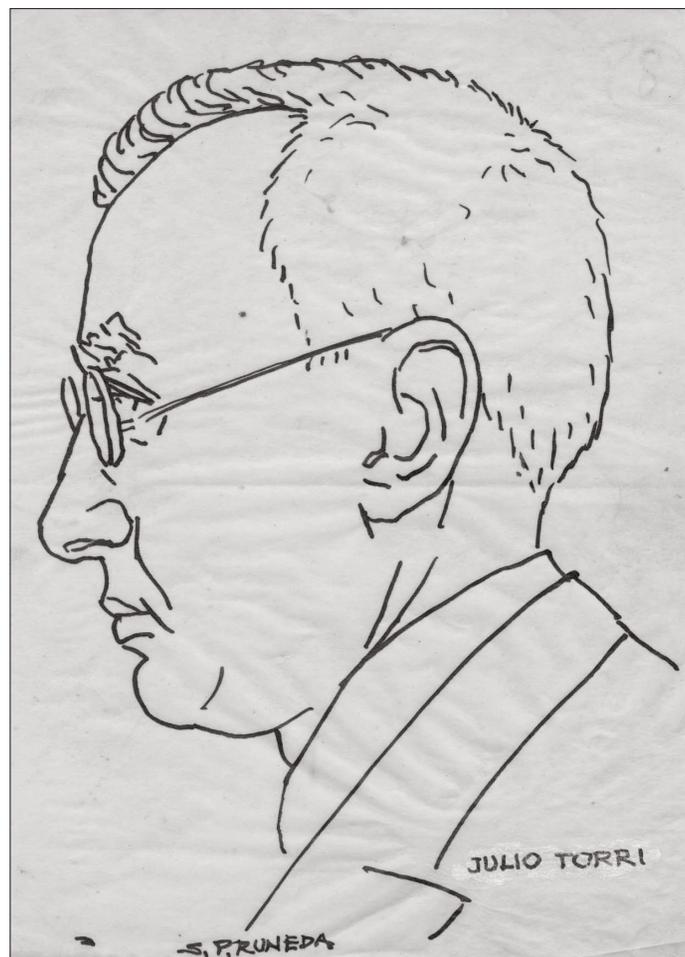
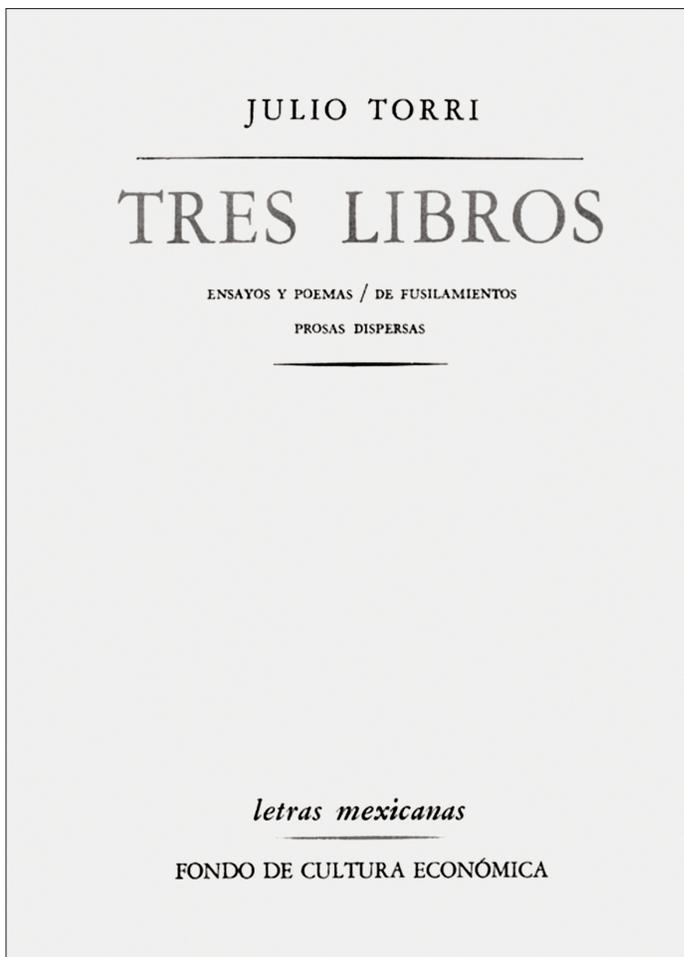
Julio Torri es un caso extraño en las letras mexicanas. Es uno de nuestros “raros”, como los llamara Rubén Darío. Serge I. Zaitzeff —especialista en literatura latinoamericana— recorre la obra del escritor saltilense escrita durante el periodo revolucionario y destaca la originalidad esencial, la distancia siempre oblicua e irónica que caracterizó su obra.

En Saltillo el joven Julio Torri publicó a los quince años en *La Revista*, publicación estudiantil, el cuento “Werther”, título que remite al infeliz héroe de Goethe quien se suicidó por decepción amorosa. La lectura de esta obra romántica provoca el sueño del protagonista de Torri. Casi todo lo que se cuenta resulta ser una atroz pesadilla en la cual se prepara el asesinato del narrador. En este breve texto se ve el don narrativo de Torri, quien ya sabe aprovechar la tensión dramática para crear un ambiente de suspenso y de terror. La oscuridad de la casa, el murmullo inexplicable y luego la voz “cavernosa y hueca” de un hombre sugieren una atmósfera inquietante. El suspenso se mantiene hasta que el protagonista se despierta, casi muerto de miedo. La alusión literaria (producto de sus lecturas), el dominio del lenguaje (sin retórica alguna), el hábil juego entre realidad y sueño y el final inesperado ya revelan a un futuro escritor.

Sólo después de su traslado a la Ciudad de México en 1908 para estudiar Derecho y estimulado por sus amigos ateneístas, Torri empezará a colaborar en las revistas de la época con textos variados que incluyen diálogos, ensayos y cuentos, ninguno de ellos será recogido en sus libros seguramente porque ya no correspondían al tipo de texto que iba trabajando. No obstante, es de

interés notar que de su larguísimo texto “El embuste” publicado en 1911, se rescata solamente un fragmento que será conocido más tarde como “De funerales”, un modelo de ensayo breve, de concisión, de sobriedad, de antiolemonidad y de crítica irónica. En esas líneas aparece ya lo mejor de Julio Torri, dueño de un estilo propio y de un tono inconfundible al mismo tiempo que se ve su actitud anticonvencional e irreverente.

Para Torri el periodo que va desde la Decena Trágica (febrero de 1913) hasta la escritura del célebre ensayo “De fusilamientos” (1915) fue uno de soledad e insatisfacción. Alfonso Reyes, su mejor amigo, tuvo que exiliarse a Francia luego de la muerte de su padre el general Bernardo Reyes y así empezó a disolverse el Ateneo de la Juventud, aquel grupo selecto y culto que tanta influencia ejerció en la vida cultural del país. El escritor coahuilense se encuentra solo y se refugia en sus libros. Lee apasionadamente e intenta escribir aunque siente cierta desconfianza. Le desagrada profundamente la Revolución Mexicana pero no la puede evitar del todo al verse casi obligado a aceptar el nombramiento de diputado suplente por Coahuila. La “novela de su vida” lo lleva no sólo a la docencia que resulta ser un fracaso sino a la burocracia como secretario particular del ar-



quitecto Jesús T. Acevedo, Director de Correos durante la dictadura de Victoriano Huerta. Pero lo cierto es que en este periodo poco le interesa la realidad cotidiana y menos aún la política. No lee periódicos sino obras de Gogol y de autores franceses, alemanes e ingleses. Va coleccionando epígrafes y aprovecha citas literarias tanto en sus cartas a Alfonso Reyes cuyo talento reconoce y envidia como en los textos que va escribiendo para combatir la melancolía y el aislamiento. Bajo la influencia de sus amigos más cercanos se aleja de la realidad y se construye un vasto mundo libresco que será la fuente de buena parte de su propia literatura. En ese México que considera inhabitable Torri se convierte en el antihéroe de sus aventuras así como en un Rimbaud mexicano, en un personaje fracasado que se burla de sí mismo y que no se toma en serio. En plena Revolución compra libros de Renard, Mallarmé, Gide y France y se dedica a cultivar géneros de esterilidad convencido de que escribe cada vez peor dada su severa autocrítica. Cree firmemente que sólo se deben publicar libros perfectos. En México donde Torri y sus compañeros Castro Leal, Silva y Aceves y Díaz Dufoo Jr. viven “desterrados en su propia patria”, dan la espalda a la tragedia del país y buscan consuelo en las páginas de Hegel, Wells, Pater, Lamb, De Quincey y Shaw. Discípulos de Pedro Henríquez Ureña, son ávidos de cultura y conocimiento y lo leen prácticamente todo.

Sólo de manera excepcional aparece el tema de la Revolución Mexicana en textos y cartas de Torri. En una misiva del 10 de agosto de 1914 le dice con todo candor a Henríquez Ureña:

Yo he comenzado mi curso en Altos Estudios, porque estamos pasando unos tiempos durísimos. El Ejército —sin Huerta— sigue resistiendo a la Revolución. Ésta, según parece, trae divisiones interiores. (Por lo menos cada general tiene su círculo de políticos aparte). Los americanos continúan en Veracruz y han puesto un plazo largo para abandonarla: el que se pacifique enteramente la República. Además, en esta ciudad todo son declaraciones y acusaciones. Tengo náuseas horribles. Se han descubierto crímenes atroces de Huerta. Nada puede superar en bajeza y maldad a una tiranía militar. En fin, Pedro, que tenemos los ojos cansados de espectáculos repugnantes.

La desesperación de Torri es tal que en 1915 empieza a vender algunos de sus libros favoritos (Shaw, Pater, Goethe) para poder alejarse de la violencia y trasladarse a California, proyecto que no realizó. Éstos son los momentos cuando Torri compuso el ensayo “De fusilamientos”, texto que no será incorporado a su primer libro *Ensayos y poemas* (1917).

Durante esos años ya habían desaparecido los prestigiosos órganos del modernismo en México y sólo lu-

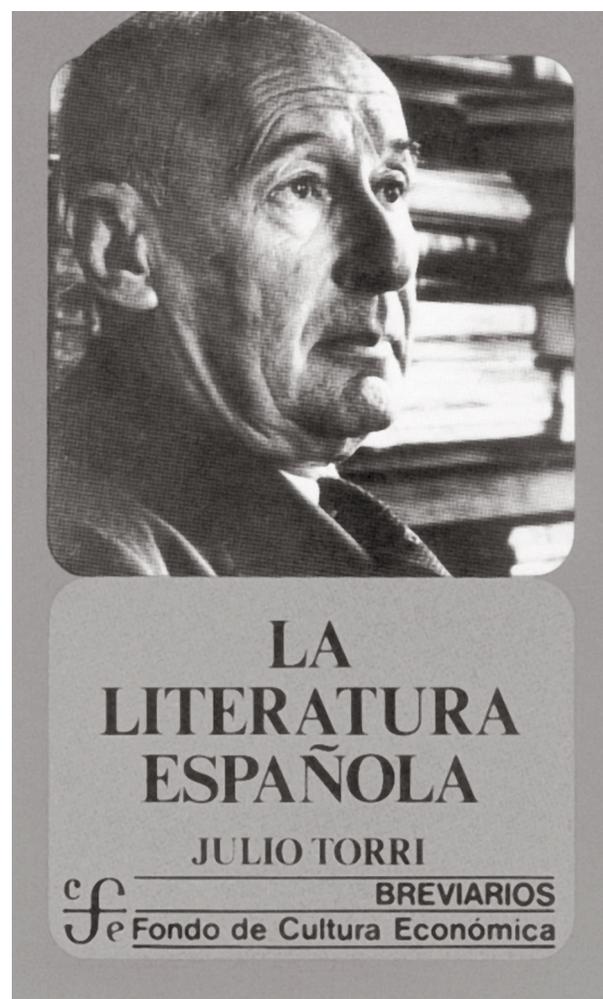
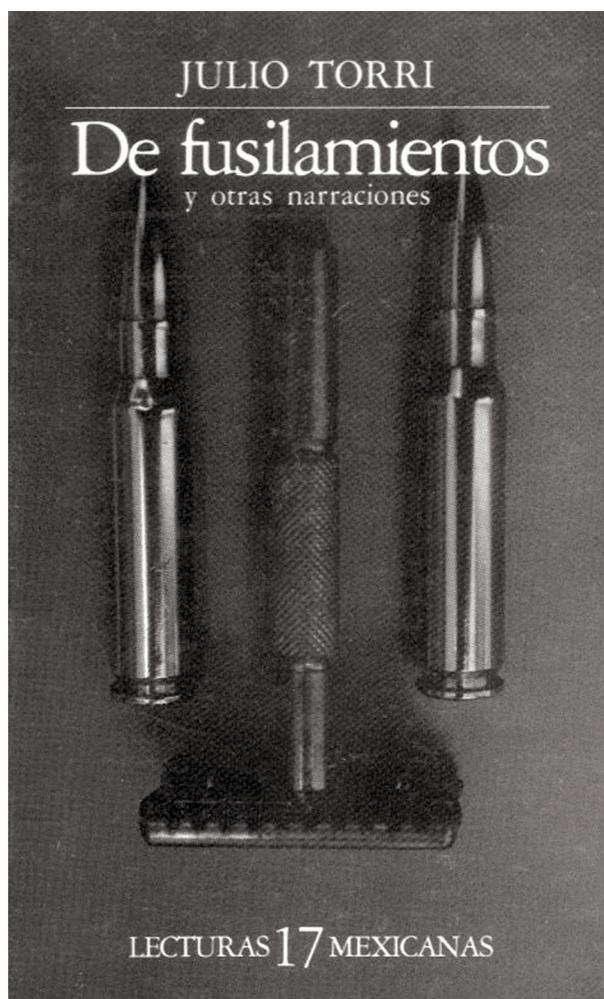
chaban con dificultad dos o tres revistas literarias que a veces ni sobrevivían después del número inicial. De los textos incluidos en *Ensayos y poemas* y redactados antes de “De fusilamientos”, sólo cuatro se dieron a conocer, todos en *Nosotros*, la revista de Francisco González Guerrero. Ya se ve en 1913 en una pieza como “El epígrafe” la insatisfacción de Torri con los géneros literarios habituales y su anhelo de apartarse o de liberarse de esas formas en pos de sutileza y profundidad. Mediante el matiz poético y la sugerencia se pretende captar la verdad. En cada página que escribe Torri intenta algo nuevo, consciente de que el escritor no debe repetirse. Así, el mismo año recurre a una especie de parábola en “El mal actor de sus propias emociones” —con evidentes reminiscencias bíblicas y expresión algo arcaizante— para presentar una irónica lección de desamor ya que el consejo de amor al prójimo había sido un fracaso. La forma clásica del texto contradice el contenido que va en contra de la tradición. En 1914 Torri deja de lado el ensayo y la parábola para entregarse a la pura fantasía en “La conquista de la luna” donde la imaginación sirve para criticar aspectos de la conducta humana. A partir de un epígrafe que podría ser de Jules Laforgue (pero que no lo es), se elabora la visión de un mundo al revés, de una utopía donde gracias a la influencia de los “lunáticos” se han corregido las imperfecciones terrestres. Las situaciones

inesperadas e ilógicas que se dan en este cuento, que se ha calificado de ciencia ficción e incluso de prosa vanguardista, revelan con claridad el humor sutil de Torri así como su rica imaginación. En otro texto publicado también en *Nosotros* en 1914 (“En elogio del espíritu de contradicción”) se manifiesta el espíritu anticonvencional, inconforme con todo lo que puede limitar la vida. Torri aboga por la intuición y por la independencia de las ideas aceptadas que impone la sociedad. En este relativamente largo ensayo, publicado inicialmente en 1912 y dedicado a Pedro Henríquez Ureña, Torri dirige su crítica, no sin cierta ironía y aun cinismo, a temas recurrentes en su obra posterior: el trato social, la crítica literaria, el matrimonio, la oratoria y la inautenticidad. Torri fue un gran lector y por lo tanto sus textos suelen estar impregnados de sus lecturas. En este caso, por ejemplo, hay huellas a veces veladas de Lamb, Larra y Heine.

En marzo de 1914 Torri se aleja de las tendencias señaladas y excepcionalmente aborda el tema del país en “El fin de México”, texto que aparecerá un mes más tarde en la efímera revista *México* (dirigida por Carlos González Peña y Luis González Obregón), la cual sólo vio dos números entre marzo y abril de 1914. Esta publicación, como lo indica el título, trata de México. La temática es mexicana y los contribuyentes lo son tam-



Julio Torri con ateneístas y amigos, entre ellos Xavier Icaza, Jorge Enciso, Mariano Silva, Genaro Estrada y Francisco A. de Icaza



bién (Reyes, Urbina, Caso, Cravioto, González Martínez y Silva y Aceves, entre otros). A Alfonso Reyes no se le escapó la calidad literaria de ese esfuerzo casi heroico pero al mismo tiempo la revista aborda asuntos sociales y políticos denunciando la barbarie y el dolor de esos días aciagos y apostando por el arte. Llama la atención el hecho de que Torri decida colaborar en una publicación claramente nacionalista con un relato que dejó fuera de *Ensayos y poemas*. También es significativo que el artista revolucionario José Clemente Orozco ilustró el texto de Torri con unas caricaturas de indudable calidad. “El fin de México” se debe a la supuesta destrucción de la capital por la erupción del legendario Popocatepetl (el “abuelo bonachón y cachazudo”) contada con toques humorísticos e irónicos por un testigo nada heroico en una crónica para el *Times* de Londres. Mediante el uso de datos precisos —día, hora, lugares específicos de la Ciudad de México— esta fantasía adquiere un aire de verosimilitud. La realidad sin embargo exhibe dimensiones pictóricas cuando la capital se vuelve una ciudad en llamas de una grandiosa belleza y de un esplendor insólito. No sólo se trata de una erupción volcánica sino de la explosión de un pueblo reprimido por la religión y por la miseria que se rebela de manera desenfrenada entregándose a toda clase de excesos. Sutilmente esta crítica de la sociedad mexicana —de la aristocracia, del

clero, del pueblo— viene a ser una alegoría del México revolucionario y del caos. Luego de la narración sigue una nota del periódico londinense con datos geográficos sobre la ex capital de México y detalles humorísticos acerca del modo de vestirse de los mexicanos, lo cual revela la ignorancia de los europeos. Si Torri se atrevió a publicar este texto en pleno huertismo es que el “mensaje” político lo oculta en cierta medida su perspectiva imaginativa, humorística y aun poética. Pero si no lo incluyó en ninguno de sus libros será por considerarlo demasiado anclado en la realidad mexicana y demasiado alejado de la estética que caracteriza sus *Tres libros*.

En 1915 Torri escribe “De fusilamientos”, otro texto que de manera muy distinta alude a la problemática mexicana y que será igualmente excluido de *Ensayos y poemas*. Lo dará a conocer, no obstante, en la revista *Azulejos* en 1922 junto con el poema en prosa “Noche mexicana”. Como en el caso anterior, otro artista revolucionario ilustra estas piezas: se trata de Diego Rivera, amigo de Torri por esos años vasconcelistas. De hecho, ambos colaboraron estrechamente en el proyecto cultural del Secretario de Educación Pública. En ese periodo de efervescencia revolucionaria y ya a cierta distancia del conflicto armado, Torri juzgaba que podía dar a luz esos textos. Cabe recordar que no se recogerá “Noche mexicana” sino hasta 1964 mientras que “De

fusilamientos” pasará al segundo libro de Torri en 1940 y le dará su título, un título que ha tenido mucho éxito ya que se usó en vez de *Tres libros* en la serie “Lecturas Mexicanas” (1984) y luego Gabriel Zaid aprovechó el mismo nombre al reunir *Tres libros* y *El ladrón de atauídes* en su edición española de 1996. Es de notar que ese ensayo al publicarse por primera vez en 1922 llevaba el título “Las imperfecciones de los fusilamientos”. Al reducir en 1940 el título a simplemente “De fusilamientos” se insiste en el carácter ensayístico del texto y se gana en fuerza expresiva. También se agrega al final la fecha de 1915 para sugerir el contexto histórico así como el año de redacción. Así, el lector puede fácilmente ubicar la escena durante la Revolución Mexicana lo cual está reforzado cuando uno lee que esos fusilamientos tuvieron lugar “en la actualidad”. A diferencia de “El fin de México”, Torri ha eliminado toda referencia local con el fin de establecer una distancia entre el hecho histórico y el lector. Desde un principio se impone una visión fundamentalmente irónica que distorsiona la realidad de los sucesos descritos. El fusilamiento “se practica” como si fuera un deporte, un asesino exitoso parece tan admirable como un escritor o un artista y luego, deliberadamente, se evita la barbarie de esos actos para detenerse en supuestos “inconvenientes” (tema inspirado por un ensayo de Charles Lamb). En vez de hacer resaltar el horror del tema, se opta por una visión bucólica o ideal del mundo e incluso se evoca con nostalgia la edad de oro de los fusilamientos cuando todo era mejor. Todo lo que se cuenta es incongruente con el asunto, en cierto sentido todo desentona, todo está desafinado. En contraste con Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán o Nellie Campobello, el tema de la Revolución Mexicana implícito en el título es tratado por Torri de una manera extremadamente oblicua. No hay referencia histórica directa ni crítica moral. Lo trágico ha sido irónicamente reemplazado por lo trivial e insignificante: el “aspecto deplorable” de los soldados hace sufrir “atrozmente” a los reos y por eso piden que se les venden los ojos. El humor negro y la ironía —o sea la risa y la sonrisa— contribuyen a crear un texto insólito y perfecto que trata de la Revolución sin hablar de ella. El silencio, la distorsión, la distancia se combinan para que el lector llegue a sus propias conclusiones y de ahí la modernidad de esta pieza. Queda claro que Torri estimaba de modo especial este ensayo imaginativo (también clasificado como cuento o poema en prosa por otros) al colocarlo al principio del volumen homónimo.

No se puede hablar de “De fusilamientos” sin comentar al mismo tiempo “Noche mexicana” no sólo por haber aparecido en la misma página de la revista *Azuleros* en 1922 sino también por el común tema revolucionario. Ya a partir del título —en contraste con “De fusilamientos”— el lugar de la escena que se describe

en este poema en prosa es evidente. En la Ciudad de México se presenta una rebelión como algo ritual al manifestarse nuevamente “el espíritu belicoso de Anáhuac”, o sea la tradición prehispánica de ofrendar sangre a los dioses. En su versión original este texto iba dedicado a Diego Rivera, dedicatoria que se entiende dado el tema y el carácter pictórico del cuadro de Torri. En estos años vasconcelistas existía —como se ha dicho— una sincera amistad entre el pintor y el escritor que con el tiempo se enfrió seguramente como consecuencia del creciente radicalismo de Rivera, de ahí que se suprimió la dedicatoria en 1964 en *Tres libros*. En esta composición se proyecta una visión estética (inspirada por Aloysius Bertrand) de la historia mexicana, sin ideología y sin ironía aparente. No hay límites cronológicos y así le toca al lector imaginar en esos sucesos la Revolución Mexicana y especialmente la Decena Trágica o algún otro motín anterior. Torri evita deliberadamente el juicio político y opta más bien por captar el movimiento y el color de esas escenas que a veces se distancian de lo local para sugerir visiones infernales con tintes de danza diabólica antes de desembocar en un final apoteósico con la presencia del Popocatepetl (igual que en “El fin de México”) “coronándose de llamas en la noche ardorosa”.

Es sorprendente que este texto tan logrado debido a la habitual concisión estilística de Torri, a su uso del adjetivo justo (“roncos cañones”, por ejemplo), a su característica utilización del adverbio (“desplomándose pesadamente”) y a su constante afán de corrección (“la desolada Plaza Mayor” se convierte en “la grandiosa Plaza Mayor”) no haya sido recogido en libro sino hasta 1964. Si Torri no lo incluyó en *De fusilamientos* es probablemente porque prefirió no tener más de un texto sobre tema revolucionario. En cada uno de sus libros cada texto tiende a ser único, autónomo y original.

En resumidas cuentas, pese a la repugnancia que sentía Julio Torri por la Revolución Mexicana y sus excesos, no pudo quedar totalmente indiferente a ese tema. Lo trató en muy pocas ocasiones y siempre de manera velada recurriendo a la alegoría, a la ironía, al humor y al esteticismo para ocultar la realidad concreta. Paradójicamente el título de su libro más conocido parece anunciar una temática relacionada de alguna manera con la violencia revolucionaria cuando en realidad, fuera del texto homónimo, *De fusilamientos* ofrece una colección de ensayos, poemas en prosa, cuentos, aforismos y epigramas que no tienen nada que ver con los sucesos ocurridos en México hace casi cien años. Una vez más se asoma la mirada maliciosa y burlesca del escritor saltillense. **U**

Texto leído en el homenaje a Julio Torri dentro del marco de la XII Feria del Libro de Saltillo.